



Jornades de Foment de la Investigació

FUNDAMENTOS ANTROPOLÓGICOS PARA EL DIÁLOGO TRANSCULTURAL: LA ÉTICA COMUNICATIVA DE LUDWIG FEUERBACH

Autor

Santi Cabedo Cercós

1. INTRODUCCIÓN

En esta participación me propongo reivindicar tanto las ideas como la figura de Ludwig Feuerbach, puesto que si bien podemos encontrar gran parte de su pensamiento en conceptos formulados por autores posteriores (Nietzsche o Bajtín, entre otros), son muy pocos los que lo reconocen explícitamente, debido, quizás en parte, al aire anárquico de su prosa. Por otro lado, algunas de las ideas que éste aporta se reiteran en investigaciones actuales y otras pueden ser muy adecuadas para explicar fenómenos de actualidad y proponer soluciones a los problemas que nos acechan. En concreto, creo que un primer paso en este camino es dibujar el modelo antropológico que puede colegirse de los escritos de Ludwig Feuerbach.

Así pues, pretendo explicitar algunas características del ser humano para hacer una descripción positiva de éste y, en su descripción, se mostrará que la autenticidad de lo humano no viene determinada por la razón o por la inteligencia, ni siquiera por la cultura, sino por la esencialidad comunicativa del ser humano. A partir de este rasgo constitutivo de lo humano llegaremos a la idea de género, idea según la cual todos los individuos se reconocen como integrantes de un colectivo al ser conscientes de la pertenencia común a un género diferente (y es la conciencia de género la que nos distingue del resto de los animales). Ésta es una tendencia que se suele integrar en una multiplicidad de conceptos, entre los cuales se encuentra el de la propia cultura. En este punto, quisiera señalar que, aunque existe una tendencia denominada *humanista* que identifica la cultura con una *mejor* o *peor* educación o un *mayor* o *menor* desarrollo intelectual respecto a unos conocimientos considerados *canónicos*, aquí hablamos de otra tendencia, la *antropológica*, que define la cultura como el conjunto de elementos necesarios para la convivencia en una comunidad determinada (costumbres, valores, usos, etc.).

De lo que se trata aquí es de encontrar un punto en común para que las diferencias, tanto intraculturales como interculturales, convivan en un mundo que tiende a la multiculturalidad. En este sentido, designaremos *puntos coincidentes* (*reach points*) a estas diferencias, siguiendo la terminología de Michael Agar. Este punto coincidente yo lo ubico en la naturaleza social, comunicativa, dialógica o polifónica que hace del ser humano un *ser de seres*, un ser cuya especificidad es *ser otros en él*. Esta capacidad comunicativa no sólo permite sino que obliga al ser humano a comportarse de un modo universal. Le obliga a pensar y diluirse en los demás porque los demás están en él y, sin los demás, él no está. (En este sentido, no es la socialización lo que *hace* al humano, sino su esencia comunicativa, esté o no realizada.) Este argumento ontológico nos indica que la existencia humana es siempre coexistencia y que la vida humana es, en realidad, una convivencia.

Por lo tanto, la propuesta que aquí se presenta es la de describir al ser humano como ser ontológicamente necesitado de la capacidad de realizarse a través de la convivencia dialogante con los otros. Se parte de la idea de que la comunicación es un impulso originario del ser humano que trata de superar el desarraigo que le produce verse como ser especial, como ser capaz de auto-objetivarse y de verse como *otro*. Mediante el uso de la comunicación, cada individuo se responsabiliza de cumplir las expectativas que los otros tienen de él. Ésta sería una apuesta ética de carácter universalista, en tanto que todo ser humano comunica (comparte su ser con otros).

El descubrimiento del carácter comunicativo del ser humano se lo debemos al pensador alemán Ludwig Feuerbach (1804-1872). Él nos señala que desde que nacemos somos configurados por los *otros* de modo que nuestra naturaleza se realiza y se completa en esa multiplicidad de voces que construye nuestra específica existencia. Somos, pues, fruto de una red de comunicación que empieza cuando nacemos y acaba cuando morimos. Es el fin de la filosofía del sujeto: «yo soy porque soy»

(Fichte); y el inicio de la intersubjetividad: «yo soy porque eres» (Feuerbach), idea que empieza a hablar de la solidaridad y del *yo* participativo o altruista que subyace en los movimientos actuales que ayudan a los oprimidos y a los perdedores del sistema actual y que reivindican reformas o cambios de sistema para que se garantice la existencia digna de los demás.

2. EL GIRO ANTROPOLÓGICO

La primera gran cuestión que se plantea Ludwig Feuerbach es la de reintegrar en el ser humano la confianza y la fe en sí mismo: me refiero al famoso *giro antropológico*. Este giro antropológico se resume en la inversión de la proverbial frase «Dios creó al hombre a su imagen y semejanza»; en su lugar, se impone: «el ser humano creó a Dios a su imagen y semejanza». El hecho es que el formular esta idea en el tiempo y en el ambiente en que se desenvolvía le costó a Ludwig Feuerbach el ostracismo académico.

Para Ludwig Feuerbach este *Dios* de la religión cristiana no sería más que la esencia objetivada del ser humano. Con esto, el ser humano se queda solo en la tierra, sin ninguna dependencia externa a la que tenga que rendir cuentas, y se le proporcionan las fuerzas de quien se siente responsable directo de todos sus actos: aquí observamos que la propuesta de Ludwig Feuerbach es una propuesta emancipatoria, es el inicio de la antropología en sustitución de la teología (*homo homini Deus est*: el hombre es Dios para el hombre).

El ser humano será, por tanto, sujeto y objeto de la nueva filosofía. A lo largo de las *Tesis para la reforma de la filosofía* y de los *Principios de la filosofía del futuro*, observamos la pretensión de dotar al ser humano de una autonomía plena respecto a sus acciones, inspiración directa para Kant, aunque siguiendo unos caminos más realistas que los del de Königsberg.

Ahora, veremos qué tipo de ser humano es el que subyace en las obras de Ludwig Feuerbach. Como anticipo, decir que se trata de un ser humano *total*, Un ser humano dotado de una *intuición sensible* capaz de hacerle intuir el dolor que afecta a los demás seres humanos mediante la identificación del dolor en nosotros mismos. Y precisamente en esto radica el inmenso potencial ético que la obra de Ludwig Feuerbach nos puede ofrecer. Más adelante, desarrollaré una máxima de indudable poder práctico que, a mi entender, completa los imperativos categóricos de Kant.

El lema de la moral de Ludwig Feuerbach sería: «haz el bien por amor del ser humano»; y la ética que desplegaría dicha norma moral en el nivel fáctico (de hechos) sería una ética humanista: una ética comunista que fomenta el *tú* como eje del quehacer humano:

Sin el *tú* no existe el *yo*, luego cuida del *tú* y cuidarás del *yo*.

Ésta sería la máxima que resume un *egoísmo participativo*, defendido por Feuerbach y con grandes aplicaciones en beneficio del ser humano.

Este egoísmo participativo es *felicitante* en sí y aparece en contraposición a las propuestas del cristianismo que espera las recompensas del bien hacer en el más allá. Para Ludwig Feuerbach, las acciones humanas buscan la felicidad aquí en la tierra, por tanto, la recompensa hay que buscarla en el *más acá*. Este *materialismo ético* otorga al ser humano la posibilidad real de cambiar su

propia existencia, de construir su futuro y de elegir su destino sin esperar las soluciones mas allá de sus propias acciones.

Este concepto de solidaridad no es hueco o vacío, como lo pueda parecer en algunas éticas de corte formal. La ética materialista de Ludwig Feuerbach propone que el ser humano sea concreto, de carne y hueso, que actúe **cuerpo a cuerpo** para abrir escenarios de humanidad. En este sentido, puede denominarse a su propuesta una ética de *cuerpo a cuerpo* basada en el *principio de sensibilidad*, cualidad universal del género humano. El interés concreto y emancipador de la ética de Ludwig Feuerbach se observa en la frase: «donde falta lo necesario para la vida, ahí también falta espacio para lo moral». Aquí demuestra Ludwig Feuerbach que se puede hacer filosofía sin hacer metafísica, sin alejarse de las verdaderas necesidades humanas: «no quieras ser filósofo aparte de hombre». Esto también es extrapolable a las demás ciencias naturales o sociales: no quieras hacer ciencia olvidándote de la dimensión humana (idea explotada por la Marcuse, entre otros).

3. EL DESCUBRIMIENTO DEL "TÚ": EL SER HUMANO COMO SER ESENCIALMENTE COMUNICATIVO

A continuación, voy a tratar de explicar esta disolución del *yo* o fin de la filosofía del sujeto que desarrolla Ludwig Feuerbach y las implicaciones de esta disolución en la nueva configuración de ser humano. El ser humano entendido como esencialmente comunicativo necesita al *otro* para ser, por tanto, la otredad no es algo ajeno al *yo* sino, al contrario, es la propia razón de existir del *yo*: el *yo* es nada sin el *tú*. De este modo, dirá Feuerbach, hablar de una persona es hablar al menos de dos personas, porque un ser humano necesita de la existencia real y corpórea del *otro* para poderse realizar como humano. Desde el momento del nacimiento, como decía, los individuos que me rodean van diciéndome lo que tengo que ser construyendo un *yo* en el cual su presencia (la de los otros) es el material con el que está obrada mi personalidad. En realidad, mi personalidad está generada por la sociedad y todo lo que soy en la vida lo soy en función de la convivencia y de la coexistencia.

Debido a esta naturaleza social, el humano es capaz de pensarse como *otro* y puede intuir cómo le piensan los otros desde los otros que hay en él, esto hace que pueda regular sus actos y pueda ajustarse a las expectativas que intuye que los otros (la sociedad) esperan de él (lo cual es la esencia de la convención, tal como la define David Lewis). La otredad, el resto de *tús*, que soy capaz de crear virtualmente en mi pensamiento gracias a la esencialidad comunicativa puesta en práctica desde mi nacimiento, articula un *yo* que está en continuo ajustamiento a los demás individuos y la necesidad de este ajustamiento se ve satisfecha mediante el lenguaje.

El problema filosófico radica en cómo crear esa otredad virtual sin caer en un universalismo impositivo de carácter etnocentrista. Es decir, cómo solucionar el hecho evidente de que no puedo ponerme en la piel del *otro* y, sin embargo, pueda llegar a conseguir comprenderle y así que mis acciones no le nieguen sus derechos ni le aniquilen su mundo de valores. Puesto que la tendencia relativista que ni siquiera pretende conocer al otro me parece irresponsable, considero que lo más justo es saber qué intereses tiene el *otro* y qué debería hacer para no negarle su derecho a coexistir (cosa que, por cierto, el capitalismo sabe hacer muy bien). Esta propuesta de reconciliación no impositiva se puede estructurar desde la idea de género. El género humano permite hallar unos puntos en común sobre los cuales construir una plataforma de entendimiento transcultural.

4. EL SER HUMANO

El ser humano en Ludwig Feuerbach es *individuo* y *género* al mismo tiempo. Un individuo sin sociedad no es humano por cuanto no puede asumir la identidad de género; un ser social sin cuerpo y mente individuales no es humano. Es un ser humano *total*: lo racional no hace al ser humano, sino que lo humano hace lo racional. En ocasiones, oímos hablar de la razón como un ente abstracto alejado del ser humano, esto lo critica Feuerbach. La razón que él propone es una razón *amplia*, en la cual la sensibilidad supone la gran fuente del conocer y del actuar humano.

Dice Feuerbach que «la negación de los sentidos, la abstracción, es la que rebaja y desquicia en definitiva al hombre». Esta *sensibilidad* es *universal* porque pertenece a la naturaleza humana y a través de ella todo ser humano interioriza la norma moral.

- Principio de moral cristiana: «haz el bien por amor de Dios».
- Principio de moral filosófica: «haz el bien por amor del bien».
- Principio de moral antropológica: «haz el bien por amor del ser humano».

El primer principio aliena al hombre y le convierte en marioneta de la divinidad externa; el segundo concede al deber todo el peso de la acción, pero el deber por el deber no deja de ser una norma ajena al ser humano; y el principio de Ludwig Feuerbach sitúa el objetivo de las acciones en el ejercicio de la acción que es buena debido a que es buena para el ser humano (esto anticipa una fundamentación materialista de los derechos de tercera generación: los derechos humanos).

Antes hablaba de la ética de Feuerbach como el despliegue universal de la *aceptación del tú*. Pero ¿por qué he de abrirme al *tú*?

Según Ludwig Feuerbach, por *amor propio*. Ya que sin el *tú* no existe el *yo* (¿si estuviera solo en el mundo qué tipo de vida llevaría? En ningún caso sería humana, porque sin sociedad el ser humano es un animal más, mejor expresado, es menos que un animal puesto que el instinto propio del ser humano es precisamente el *logos* o la capacidad para razonar dialógicamente).

Este **egoísmo bilateral** es una apuesta por la responsabilidad de nuestros actos. Pero no es una responsabilidad compasiva (como la de la religión cristiana) o del deber por el deber (como la de Kant), sino una responsabilidad corpórea, material, liberadora, concreta... la bondad de la acción del *yo* viene determinada por el acceso a la felicidad al *tú*, y no a una felicidad en el más allá (cristianismo) o a una felicidad posterior a las acciones (Kant), sino a una felicidad en el más acá mantenida por el deseo y la esperanza de alcanzar una vida mejor para la humanidad (pero mejor sobretodo materialmente mejor), y (esta felicidad) está articulada en torno a una **máxima de acción auxiliar** que permite desarrollar fácticamente la premisa.

5. LA IDEA DE GÉNERO: ESCENARIO COMÚN DE ENCUENTRO ENTRE DIFERENTES CULTURAS

El género actúa, como decía, de plataforma que posibilita la práctica comunicativa en los seres humanos por distintas que sean las culturas que los han criado. Este constructo no es otra cosa que la conciencia de totalidad que cada individuo experimenta cuando se ve rodeado de *otros* con los que

se entiende y con los que comparte ese misterio de poderse observar a sí mismo como *otro* (lo que Bajtin denomina *ensimismamiento*). Este desarraigo que otorga la conciencia de género provoca en cada sujeto un *impulso originario* al entendimiento, a la socialización, a la religación y es aquí donde sitúa Ludwig Feuerbach el origen de la religión en el ser humano).

Así pues, es gracias al género que podemos captar la otredad y podemos comprendernos a pesar de las diferencias constitutivas de cada cultura y de cada individualidad. Comunicar nuestros pensamientos a los otros es posible porque el ser humano es capaz de separarse de su género (esto es tomar conciencia de pertenencia a un género). A partir de la separación del género, para el individuo vivir significa un «ininterrumpido proceso de eliminación de la frontera entre el *yo* y el *otro*». Vivir es, pues, la reconciliación entre individuo y género mediante el impulso originario de nuestra naturaleza que es la comunicación.

De esta teoría antropológica, se puede deducir una ética de la responsabilidad de carácter no imperativo. El ininterrumpido proceso de eliminación de barreras queda determinado ontológicamente por la naturaleza comunicativa del ser humano. Así pues, no es necesario pasar del ser al deber ser, sino tan solo bastaría con cambiar la actitud y orientarla de acuerdo con la naturaleza dialógica y polifónica del ser humano. Si el ser humano es coherente con su naturaleza abre espacios de diálogo y se ajusta a su género realizándose en ese esfuerzo por preservar los puntos ricos de cada cultura y cada ser individual y por conseguir que se respeten unos mínimos de convivencia hallados desde el ejercicio práctico de la única esencialidad humana: la esencialidad comunicativa.

6. CONCLUSIÓN

Así pues, definiendo un ser humano ontológicamente comunicativo que define su personalidad humana gracias a su relación dinámica y dialógica con otros individuos del mismo género y, en mayor medida, gracias a la intuición sensible del *tú*, como concepto de *otredad*. Con esto, se observa también una polifonía ontológica del ser humano. Asimismo, reivindico la importancia que la propia noción de género tiene para el diálogo intercultural, puesto que permite una inclusión de individuos y culturas en un mismo concepto que permite que cada persona se defina a sí misma y que nos permite decir que somos porque los otros son. Con esto, el *ninguneo* se convierte en un acto de crueldad extrema impropio del ser que se conoce a sí mismo, por cuanto esto conlleva conocerte a *tí*.

7. BIBLIOGRAFÍA

- FEUERBACH, L. (1976): *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía*, Cerdanyola, Labor.
- FEUERBACH, L. (1983): *Principios de la filosofía del futuro*, Barberá del Vallés, Humanitas.
- FEUERBACH, L. (1993): *Escritos en torno a la esencia del cristianismo*, Madrid, Tecnos.
- FEUERBACH, L. (1993): *Pensamientos sobre muerte e inmortalidad*, Madrid, Alianza.
- FEUERBACH, L. (1995): *Abelardo y Eloísa y otros escritos de juventud*, Granada, Comares.
- GALEANO, E. (1971): *Las venas abiertas de América Latina*, Madrid, Siglo XXI.
- GALEANO, E. (1992): *Ser como ellos y otros artículos*, Madrid, Siglo XXI.
- GALEANO, E. (1998): *Patatas arriba. La escuela del mundo al revés*, Madrid, Siglo XXI.
- TODOROV, T. (1991): *Nosotros y los otros*, Madrid, Siglo XXI.
- ZAVALA, I.M. (1996): *Escuchar a Bajtin*, Montesinos.